

No dijo mas, pero sus intenciones
Serian de hacer la tierra roja
Con la sangre de humanos corazones
De la gente cristiana y ortodoja;
La cual ya meneaba los talones
Para buscar mortifera congoja;
Porque con el cuidado zahareño
Era para sus ojos dulce sueño.

Pues cuando soñolienta dulcedumbre
Regalaba la luz de los humanos,
Comienzan ellos a subir la cumbre,
No solo con los piés, mas con las manos,
Con gran sudor y suma pesadumbre,
Por no hallar do pongan los piés planos
Sino cuchillas y derrumbaderos,
Donde valian poco piés lijeros.

Destilando sudor barbas y cuellos,
Aunque se caminaba con la fria,
Pudieron con sus presurosos huellos
Llegar donde una mesa se hacia;
Allí pararon por tomar resuello
Con el recato que les convenia,
Por ser entonces cosa creedera
Haber indios que velen su frontera.

Cerca del paso y en aquella frente
Adonde les llevaban sus intentos,
Hubo ramosa ceiba y eminente,
Que sin esteriore instrumentos
Al suelo vino repentinamente
Sin padecer contraste de los vientos;
Cuyo rumor y temeroso trueno
Lo bajo y lo mas alto hizo lleno.

Apuntaron las ramas acia ellos,
Y visto que cayó sin ventisquero,
Yertos se le pararon los cabellos
Al mas aventajado compañero;
Y así sin ver los fines ni sabellos,
Aquello se juzgó por mal agüero,
Tanto, que muchos ya de mejor gana
Volvieran á tomar la tierra llana.

Mas Juan de Rojas dijo: «No temamos
Una señal tan leve como esta,
Porque si por agüeros nos guiámos,
Que tengo por locura manifiesta,
Aquesta nos declara que bastamos
Para que no les quede casa enhiesta:
Que pues se bajan plantas con raíces,
También bajarán indios sus cervices.»

Con estas y otras cosas los anima,
Y caminaron á tomar la loma,
Hasta que se pusieron mas encima
A vista del gran pueblo de Betoma,
Do claridad de Venus les intima
Venir aquel de quien la suya toma;
Hicieron en aquel lugar remanso
Para tomar un poco de descanso.

Luego del sol se vido la presencia
Ahuyentando la nocturna capa;
Miran las poblaciones y opulencia
Que situadas van por una chapa;
Como no ven quien haga resistencia,
Crean haber alguna gran solapa,
Fácil de conocer aquel secreto,
En ver aquel compás todo quieto.

Los ojos van por una y otra via
Para ver el entrada mas segura;
Algo mas adelante parecia
Camino que contiene gran anechara,
Y por aquella parte lo cubria
Una ramosa ceiba y espesura,
Acerca de la cual vió nuestra gente
Doce valientes indios solamente.

No cierto descuidados ni dormidos,
Pues cada cual estaba bien armado,
En las manos los arcos encogidos,
El venenoso tiro preparado;
Los españoles viendo detenidos,
Tan pocos en lugar embarazado,
Preparan y reparan las rodellas
Temiendo que los ceban con cautelas.

Y estando juntos todos treinta y siete
Previene los pertrechos que traian,
Y disparan la carga del mosquete
Por ver acia qué parte se desvian;
Ninguno de los nuestros arremete,
Aunque los indios fingen que huian
Para metellos en un emboscada
Entre ramosas plantas ocultada.

Dejan con el mosquete seis soldado
Que guarden las espaldas, y al instante
Los demás bien compuestos y ordenados
Proceden tras los indios adelante,
Rodelas y arcabuces preparados,
Y el mas remiso dellos vigilante,
Pues por lo que ya vieron, nadie niega
Haber de padecer dura refriega.

Y así les acontece, pues apenas
Llegaban á la ceiba los primeros,
Cuando con gran furor las matas llenas
Despachan tanta fuerza de flecheros,
Cuantos enjambres salen de colmenas
En áticos y sículos oteros,
Con grita y estampida tan horrenda
Que no hablan palabra que se entienda.

No fué de tantas gotas embestido
Peñasco de la punta de Malea,
Siendo de todas partes combatido
Por bravo viento que la mar menea,
Cuanto fué de las flechas el ruido
Que á nuestros españoles espolea,
Con piedras como puños y mas gruesas
Que sobrel escuadron caen espesas.

Están los españoles de rodillas
Detrás de las rodellas encorvados,
Cubiertas de sudores las mejillas,
Y algunos del vivir desconfiados,
Ya deseando que de las rencillas
Fuesen los duros golpes mitigados;
Mas el grave rigor desta presura
Tanto lo ven mayor cuanto mas dura.

El furor era de quietud extraño
Por lo mover Alecto con sus alas:
Dispara quien tenia férreo caño,
Pero las punterías eran malas,
Pues no se puede ver si hacen daño
Las impelidas y nocivas balas;
Y si tal hay que trama vital deja,
No suspira, ni gime ni se queja.

Durante las horribles confusiones,
Apolo con sus rayos mas cercanos
Abrasa las humanas proporciones,
E ya todos los tiros salen vanos
Por encenderse tanto los cañones
Que no pueden sufrillos en las manos;
Pero con todo esto se desea
Llevar mas adelante la pelea.

Lléganse mas al escuadron desnudo,
Y entonces arranjó brazo potente
Un guijarro rollizo tal que pudo
Al mulato Francisco de la Fuente
Hacelle dos pedazos el escudo,
Y hendelle los cascos de la frente,
El cual á pocos pasos dió caída,
Que fueron los postreros de su vida.

Desto los indios ensoberbecidos
Acudieron con otra mayor carga,
Y á muchos que vivian advertidos
Muy poco les prestó hacer adarga:
Catorce se hallaron mal heridos
Que quisieran hacer huida larga;
Mas Rojas que gran brio manifiesta
Con aquesta razon los amonesta:

«Animo, caballeros, y osadia:
Mirad quién sois y vuestra descendencia,
Porque si no mostrádes cobardia
Muy presto les vereis hacer ausencia;
Pero si la mostráis, hoy es el dia
En que teneis la muerte por herencia,
Pues bien veis que consiste nuestra vida
En que nuestro poder no se divida.»

El fuerte y animoso caballero
Con aquestas razones los sustenta,
Mas uno que llamaban Espadero
De sus consejos hizo poca euenta,
Pues en volver espaldas fué primero;
Tras él ni mas ni menos todos treinta;
El Juan de Rojas del rigor horrendo
Poco á poco se iba retrayendo.

Dale priesa la gente monstruosa
Por la parte mas desembarazada,
Con flecha, con pedrada rigurosa
De que centelleaba la celada;
Mas ninguno de todos ellos osa
Llegar á ver los filos del espada,
Antes como confusos y perplejos
La guerra que le hacen es de lejos.

Bien como cuando gente se congrega
Contra tigre que sale de florestas,
Que con temor ninguno se le llega
De todos cuantos armas tienen prestas,
Antes por escapar de la refriega
Desarman desde fuera las ballestas,
Y el tigre con furiosos accidentes
Les enseña las garras y los dientes:

Desta manera va haciendo cara,
Quitadas ya las plumas del almete,
Porque la dura piedra, flecha, jara,
Allí no halla cosa que respete;
Llegó donde la gente suya para,
Que fué donde dejaron el mosquete,
A la cual con modestia reprehende
Y les dice tambien lo que pretende.

Porque viéndolos ya como difuntos
Les dijo: «Bien será que no se enfrie
La vuelta, por venir á tales puntos,
Que no puedo saber de quién me fie;
Mas al bajar bajemos todos juntos
Sin que uno del otro se desvie,
Porque serian términos de locos
Dividirnos en partes siendo pocos.»

«Pero Juan Alatrax vaya delante
Con seis sanos y todos los heridos,
Y no sea tardio caminante:
Nosotros á la vista recogidos,
Pues como nadie huya, Dios mediante,
Podremos caminar sin ser rompidos;
Y mas abajo tomen el collado
Frontero donde el indio fué empalado.»

Aquel alto mandó que le tomasen
Y los heridos no se detuviesen,
Pero los sanos tiros disparasen
Para que los del campo los oyesen,
Porque su menester manifestasen
De tal manera que los socorriesen,
Pues desde allí sulfúreos tronidos
En el campo serian percibidos.

El Alatrax con paso no prolijo
Procuró de cumplir luego su mando
Con grandes pesadumbres y cojiño
Que padeció con el herido bando;
Finalmente llegó donde le dijo,
Y estuvo los traseros esperando,
Los cuales mientras él iba huyendo
Estuvieron los indios deteniendo.

Luego Rojas computo sus peones
Para que fuesen todos en hilera,
Y un mestizo, fulano de Quiñones,
En avanguardia fué y en delantera;
Y en recta guardia, con sus morriones,
Juan de Rojas y Pedro de Ribera;
Y á las espaldas por angosta plaza
Los indios le venian dando caza.

El Quiñones huyó por el camino
Que mas á su propósito hacia,
Viendo que con furor luciferino
Ejército crúel los perseguia;
Venciéronse de tanto desatino,
Que ya sin orden cada cual huia,
Quedando solos con la gente fiera
El maese de campo y el Ribera.

Como grave calor los fatigaba
Y la terrible sed los afligia,
El Rojas al Ribera le rogaba
Le quitase las armas que traía,
Que verdaderamente se ahogaba;
Y el Pedro de Ribera respondia:
«Vuestra merced apreste la carrera,
Que no puedo quitallas aunque quiera.»

Pues á la muerte viéndose vecino,
Tomó por parecer y por consejo
Seguir tras un mancebo vizcaíno
Que se libró de cierto gandul viejo,
Mas no del golpe con que sobrevino
Asentado detrás del pestorejo;
El cual iba saltando por el heno
Porque otro no le diese mas en lleno.

Al maese de campo le parece
Que pudiera correr con tal soltura,
Y el peso de las armas entorpece
Sus piés y corpulenta compostura;
Y pocos pasos dados, descaece
El fuerte caballero sin ventura,
Cargando tantos ánimos protervos
Como sobre cadáver negros cuervos.

Ocupase la gente carnicera
En la presa que tiene de presente,
Lo cual visto por Pedro de Ribera
Convoca luego la cristiana gente;
Pero ninguno dellos hay que quiera
Volver á socorrer á su regente,
Porque todos seguian al Quiñones
Cuyos piés no hallaban trompezones:

Atajando gran parte de camino
Por no querer subir á la ladera
Adonde el Alatrax primero vino
Y segun le mandaron los espera;
El cual viendo bajar el torbellino
Que le tomaba ya la delantera,
Con los cinco que tiene determina
Bajarse por la parte mas vecina.

Como los pobres iban de huida
Por pasos de lugar inaccesible,
Y cuanto mas duró la descendida
Tanto mas la hallaron imposible,
Donde pensaron escapar la vida
Llegó la muerte con rigor terrible,
Pues de ciego temor arrebatados
Allí quedaron estos despeñados.

Los otros que huían tras Quiñones,
A causa de no ser senda bastante
Por ser angosta y altos reventones
A los lados del triste caminante,
Unos á otros daban empellones
Con gana de pasar mas adelante,
Y así por rocas y derrumbaderos
Se despeñaron otros compañeros.

Van al fin como gente sin caudillo,
Sin tener uno de otro confianza,
Haciendo siempre doble de sencillo
Por abreviar la cuenta desta danza,
Ahogóse Rodrigo Jaramillo
Con aquella fogosa destemplanza,
Con otros dos ó tres que sin heridas
Quedaron perdidosos de las vidas.

Con esta pesadumbre y agonía,
Los heridos que iban ya por llano
Al general toparon que venia,
Espoleando bien su rabicano,
Con gente de refresco que traía
Para socorro de la flaca mano,
Porque ya por los tiros y señales
Que hizo el Alatrax vieron sus males.

Vido la demás gente divertida,
Y cómo sin ningun orden procede;
Por la falda que ve menos erguida
Sube con el caballo cuanto puede;
Recoge los que halla con la vida
Procurando que nadie se le quede;
Al Juan de Rojas llama, no responde;
Pregunta dónde está, no dicen dónde.

De su salud y vida desespera
Viendo que no le dan razon patente,
Hasta tanto que Pedro de Ribera,
Postrero que huyó de la creciente,
Acabó de bajar de la ladera
Midiéndola con paso diligente,
Al cual por llegar falto de resuello
Con dificultad pueden entendolo.

Cansada turbacion su lengua para;
Pero desque cobró mayor aliento,
Al Francisco de Castro le declara
El desastrado fin y acabamiento,
Y que ninguno dellos escapara
De manos del ejército sangriento,
Si no se detuviera todo junto
En rodear un cuerpo ya difunto.

Y que como le vido desta suerte
Dió voces á la gente que húa;
Pero como ninguno se convierte
A le dar el socorro que pedia,
El también por librarse de la muerte
Se descolgó por do mejor podia,
Pues dilatarse mas fuera de loo
Y aprovecharse demás desto poco.

El Castro por los ruegos incentivos
De los del escuadron desbaratado,
Que como miserables fugitivos
Son poseidos de temor pesado,
Luego hizo camino con los vivos
Que vuelven al lugar recién poblado,
Do la seguridad era ninguna
Porque no se la daba la fortuna.

El no parar tomaron por regalo
Y el huir escogian por honesto,
Escarmentados del suceso malo
Y de ver levantar en un recuesto
Al Juan de Rojas en el mismo palo
Y adonde el indio fué por ellos puesto;
Espectáculo digno de lamento
Y que causó notable sentimiento.

Gran multitud de indios vieron luego
Que se convocan por los altos puertos,
Que para descubrir el suelo ciego
Y pasos con las yerbas encubiertos
A las zavas altas ponen fuego
Para poder hallar mas cuerpos muertos,
Cuyos miembros sirvieron de presentes
Enviados á partes diferentes.

Y quién duda que en este detrimento
Algunos que tenían por perdidos
No tuviesen aun vital aliento,
Entre las altas yerbas abscondidos,
Y esperaban salir en salvamento
De los nocturnos nublados socorridos,
Como el platero Pedro de Espinosa
Dentro de cierta mata montüosa?

Este, cuando la furia se desata
Y vido la fortuna ser aviesa,
Con sed intolerable que lo mata
Y no poder huir con tanta priesa,
Cubrióse con la sombra de una mata
Con cantidad de árboles espesa,
Acerca de la cual agua corria,
De donde con obscuridad bebia.

Allí fué detenido por dos dias,
Al cabo de los cuales, con obscuro,
Por no topar con bárbaros espías,
En busca fué de puerto mas seguro;
Halló las españolas compañías
Muy apartadas ya del nuevo muro,
Reconociendo que no son bastantes
Tan pocos para guerras semejantes.

Y muchos dellos sin pedir licencia,
Viendo la tierra por peligros llena,
Determinaron de hacer ausencia
Pasándose por mar á Cartagena:
Digo en canoas, no sin diligencia,
Por el gran rio de la Magdalena;
Y el Quiñones muriera sin remedio
A no poner el agua de por medio.

Viéndose los que quedan descontentos
Por no ser parte para la frontera,
Al Castro hacen mil requerimientos
Pidiéndole que luego salga fuera;
Y así desampararon las asientos
Para ir á la marítima ribera,
Hasta la ciénaga, cuyos vecinos
Eran de paz y ya todos ladinos:

Gente que de la paz no se desvia;
Pero la de los indios es tan ciega,
Que yo por cierto no me espantaria
Ser aquestos también en la refriega;
Llegados pues al indio que regia,
Por Francisco Gonzalez se le ruega
Traigan al empalado sin ventura
Para le dar terrena sepultura.

Dijo que lo hará de buena gana,
Y número de indios prevenido,
Mandóles ir por él con obscurana
Porque no fuese visto ni sentido;
Y así no bien llegada la mañana
El infelice cuerpo fué traído,
Con el cual de la suerte que podian
A Santa Marta su camino guian.

Como fuese sabida por el tio
La rota y el pesado desconcierto,
De luctuoso traje y atavío
Fué para recibir el cuerpo muerto,
Siendo sus ojos abundante rio
Y de cuantos estaban en el puerto,
Por ser en sus costumbres bien compuesto,
Valiente, liberal y hombre modesto.

Luego campanas dan mudas querellas
Y suenan sus clamores y señales;
Lamentabanlo dueñas y doncellas
Presentes en aquestos funerales;
Relatan sus virtudes, y con ellas
Hechos y valentias principales;
Y con gran pompa y aparato lleno
A la tierra le dieron lo terreno.

Y para que corriese con aumento
La pesadumbre y el desasosiego,
Entre los hondos hubo movimiento,
Del cual quisiera dar noticia luego;
Mas porque por agora yo me siento
De los pesados lloros cuasi ciego,
Querria hacer pausa de presente
Y descansar primero que lo cuente.

CANTO TERCERO.

Donde se trata la rebelion de los indios de Bonda, y el orden que tuvieron para ganar la fortaleza, con otras cosas en aquel tiempo acaecidas.

Al triste que persigue la fortuna,
Para que no le quede donde estribe
En darte coces es tan importuna,
Que no para hasta que lo derribe,
Por ser de condicion que, dada una,
Para dar otras muchas se apercibe;
Y así los temerosos deste dolo
Dicen «bien vengas, mal, si vienes solo».

Desta manera pues le sobrevino
Al don Luis en estas turbaciones,
Pues no bien enterrado su sobrino
Ni hechas funerales oblaciones,
Se levantó notable torbellino
De guerra por cercanas poblaciones,
En Bonda mayormente, gente fiera,
Cuyo suceso fué desta manera.

Habia Manjarés edificado
Un fuerte por sus faldas y raices,
De los fumosos tiros preparado
Que suelen ofendelles las narices;
Por selles este yugo muy pesado
Y querello quitar de sus cervices,
Por muchas veces y con gran braveza
Rodearon aquesta fortaleza.

Aqueste fué turbion de cada dia,
Sin interposicion de mes ni año,
De bien apercebida compañía,
O ya con claridad ó con engaño;
Y aunque bárbara gente recibia
De parte de los tiros algun daño,
Con sus flechas también hacian suertes
Y de las partes ambas hubo muertes.

Pero prollo tiempo ya pasado,
Como vieron que no les apróvecha
Contrastar aquel fuerte fabricado,
Que siempre de mas armas se pertrecha,
No tanto por temor cuanto por grado
Se concertó la paz y quedó hecha,
Y dieron el servicio y obediencia
A quien de Manjarés cupo la herencia.

Al cual estos servian muy de gana,
Y creo que también sirven agora
A su hijo y á su mujer doña Ana
Ramirez, nobilissima señora,
Ejemplo de bondad y de cristiana
Religion, en el pueblo donde mora;
Y por obligacion ó por respecto,
Los hondos la servian en efecto.

A sus ferias, contractos y mercados
Venian á los términos marinos,
Compraban cosas á que son usados,
Pero principalmente buenos vinos,
Con muestras de que estaban olvidados
De todos belicosos desatinos,
A sus encomenderos ya subyectos,
Pacificos, alegres y quietos.

Con estas muestras que de paz habia
No fueron en la vela tan enteros
Cuanto para la vida convenia,
Demás de ser ya pocos compañeros;
Y estaba la tenencia y alcaldia
A cargo de Alvaro de Ballesteros,
El cual tenia por estar absente
Un fulano de Castro por teniente.

Dió por algunos años buena cuenta
En todos los guérreros movimientos;
Mas cuando numerabamos setenta
Y cinco ya de mas de quince cientos,
Del bárbaro rigor experimenta
Sus golpes inhumanos y violentos,
Por astucia de meditacion luenga,
Que diremos á tiempo que convenga.

A doña Ana Ramirez, que es el ama
De lo superior deste gentio,
Habia consumido veloz llama
Dentro de sus solares un bubio;
Y para restaurar el daño, llama
Indios sobre que tiene señorío,
Y el Castro, capitán, de la frontera
Mandó que le trajesen la madera.

Y estos indios de Bonda la cortaban
Por el orden que Castro les decia,
Y entre tanto que al pueblo la llevaban
Pegada con el fuerte se ponía;
El grande regocijo que mostraban
Ningun intento malo descubria,
Aunque los mas traian en las manos
Hachas y seguros castellanos.

Buscando coyuntura para prueba
De sus crüeles tajos y reveses;
Y antes que la madera que se lleva
Hollase los marítimos conyeyes,
A los de Santa Marta vino nueva
Cómo venian naves de franceses,
De que se recibió grande congoja,
Considerada su defensa floja.

Y para dar el orden y concierto
A semejante trance conviniente,
Cabildo se mandó hacer abierto,
Adonde se juntó toda la gente
De los que residian en el puerto,
Do diga cada uno lo que siente;
Y del seso comun de la consulta
Es esta la sentencia que resulta:

Que los hombres estén en sus viviendas
Sin mostrar cobardia ni flaqueza,
Pero que las mujeres y haciendas,
Y lo mas substancial que de riqueza
Les parecian ser mejores prendas,
Luego llevasen á la fortaleza
De Bonda, pues entonces la ventura
No concedia parte mas segura.

Tuvieron estos por consejos buenos;
Y á causa de que vian las navios,
Envian adelante cofres llenos
De oro, plata y otros atavios;
No sacan las mujeres destos senos,
Porque no tienen prestos los avios
Y porque por haber vientos contrarios
No tomaron el puerto los cosarios:

Suceso de grandisima ventura
Y merced proveida por el cielo,
Pues á salir en esta coyuntura
Fuera mayor dolor y desconsuelo,
Porque la honra mas cabal y pura
Quedara derribada por el suelo,
De la manera que quedó su fuerte,
Que los indios ganaron desta suerte:

Al naoma de Bonda Macarona,
Por ladinos de malos pensamientos,
Oyéndolo tractar, se le razona
Cómo llevan mujeres y armamentos
Que tiene cada cual de su persona
A los fortalecidos aposentos;
El cual, viendo razon tan conviniente,
A su general dijo lo siguiente:

«Siento, Coendo, ser consejo sano,
Si queremos vivir vida segura,
Que no dejemos tiempo de la mano
Ni perdamos aquesta coyuntura,
Para que del ejército cristiano
Escaparse no pueda criatura;
Y agora quiero ver por esperiencia
No solo tu valor, mas tu prudencia.

»Ansi vecinos como mercaderes
Dicen que tienen en la fortaleza
Las prendas de sus hijos y mujeres
Y todos sus caudales y riqueza;
Y allí, como ya sabes, sus poderes
Son agora notados de flaqueza,
Y el alcaide con todos sus soldados
De nuestra paz están muy confiados.

»La demás gente por acá no viene,
Ni verná por agora, pues es cierto
Que dentro de sus casas se detiene,
Concordes todos de comun concierto,
Velándose segun que les conviene,
Para defensa y guarda de aquel puerto,
Adonde como suelen otras veces
Dicen venir navios de franceses.

»Conviéneme pues mucho que durantes
En la marina tales turbaciones,
Procuremos acá de ser bastantes
Para ganalles estas municiones;
Pues perder con personas semejantes
Tan buenas y adoptadas ocasiones
Será tener con intima fatiga
Delante de los ojos una higa.

»La cual me da mas grande desconsuelo
Que por palabras puedo declarararte,
Y para derriballa por el suelo,
Con lo mas fuerte de su baluarte,
Ningun tiempo nos vino mas á pelo
Ni menos advertencia de su parte,
Ni se pudo hacer aqueste hecho
Con menos riesgo ni con mas provecho.

»Reconocidas tienes las ventajas
Que tenemos, pues siempre son continas,
Y bien entenderás que no van pajas
En recoger aquellas sedas finas,
El oro, plata y las demás alhajas,
Y las mujeres para concubinas;
Las cuales cosas puestas en tu mano,
Consuma lo demás el dios Vulcano.

»Porque luego con su furor ardiente
Serán los edificios consumidos,
E yo tendré gran número de gente
Para que si los vieren encendidos,
Vayan á la ciudad incontinente
A dar mal fin á todos sus maridos;
Y aquestos estarán en el camino
Para que su mal sea repentino.

»Haslo tú de hacer desta manera,
Para que todo vaya bien guiado:
Al fuerte llegarás con la madera,
Los indios con sus hachas y cuidado,
Y al tiempo que el alcaide salga fuera
A ver si le llevaste buen recado,
Dale con el segur llaga segura
De no poder hallar humana cura.

»La hacha cortadora vaya cierta
Para que de las sienas no se yerre;
Ocupen luego la cerrada puerta
Los indios porque nadie te la cierre;
Avívese de dentro la reyerta,
Y toda cobardía se destierre;
El fuerte se recorra y ensangrienta,
Sin reservar en él cosa viviente.

»No tengo yo de estar muy divertido,
Sino con muchos indios en celada,
Porque como sintamos el ruido
Corramos á la presa deseada,
Y saquemos el oro y el vestido
Que allí tiene la gente bautizada,
Y, como dicho tengo, las mujeres
Para nuestros contentos y placeres.

»Para hacelles guerra mas sangrienta
Y por la via que de tí se espera,
Yo creo bien que se te representa
El cómo te llevaron en collera:
Que si lo consideras es afrenta
No para la vengar á la lijerá,
Porque los que vivieren adelante
Se acuerden de castigo semejante.

»Debes encomendar á la memoria
Que los de Pocigüeyca, como buenos,
Están con españoles de victoria,
Haciéndoles dejar aquellos senos;
Y á tí te consta ser cosa notoria
Que los indios de Bonda no son menos:
Sé que me entenderás é yo te entiendo,
Pues yo soy Macarona é tú Coendo.

»Aquesto haste sin que mas te diga,
De que con gente vayas de mañana,
Y carguen á los hombros una viga
Para los edificios de doña Ana;
No lleves arcos, porque no se siga
Sospecha, mas con hacha castellana
Llegará cada cual, y en vez de plantas
Hended cabezas hasta las gargantas.»

Dijo, y el general, que mayor gana
Tiene de tales trances como estos,
Abrevió la partida de mañana
Con aquellos que pudo hallar prestos
De la gente mejor y mas lozana
Veinte mancebos fuertes y dispuestos;
Y sobre sus robustos hombros carga
Una pesada viga y algo larga.

Con aquesta valiente compañía
Efectuó Coendo su viaje,
Y antes de su llegada bien se via
De los que estaban en el homenaje:
Mas sus conceptos malos encubria
Ser pocos todos y en quieto traje,
Y ya llegados al lugar frontero
Despiden de los hombros el madero.

Todos ellos están ijadeando
Como rocin que dió larga carrera,
Y con grandes bufidos anhelando
Se reclinaron sobre la madera,
Y con cansada voz suenan llamando
Al Castro, capitán desta frontera,
Para que vea bien si le contenta
Aquella viga que se le presenta.

Y el capitán incauto ya salia
Del fuerte para donde se desea,
El cual de la manera que solia
Con aquel principal se chocarrea;
La viga tanteó que se traia;
Pero Coendo, cuando la tantea,
Alzó la hacha, y aunque hecha sierra,
Por medio de las sienas la sotierra.

Nunca herrero fué tan diligente,
Nunca tan cierto ni con tanto brio
Para haer labor de hierro ardiente
Que sale del fogoso señorío,
Y cumple martillallo de repente
Antes que del ardor separe frio,
Cuanto fué la presteza del Coendo.
Al tiempo que dió golpe tan horrendo.

El miserable Castro dió caída,
Y en el suelo quedó pataleando,
La lumbre de sus ojos despedida,
La sangre con la vida vomitando,
Que no solo vertió por la herida,
Pero por los oídos va manando;
Y en el instante se tomó la puerta
Que para volver él tienen abierta.

Luego de golpe todos entran dentro,
En las manos las hachas aceradas;
Salen dos descuidados al encuentro,
Que muy presto quedaron sin quijadas:
Proceden en aquel crüel recuento
Y cogen muchas armas enastadas;
Y al tiempo que hacian el estrago
También ellos decian: ¡Santiago!

Un Gonzalo Rodriguez fué derecho
A ver la causa destas confusiones,
Y al tiempo que pensó ser de provecho
O por sus armas ó con sus razones,
Dura lanza rompió su fuerte pecho,
Y el hierro le salió por los pulmones;
Perdió luego la fuerza y el anhelo,
Tendiéndose por el sangriento suelo.

La demás gente dentro se congrega,
Pero ninguno bien apercebido,
Por ser tan repentina la refriega,
Que todos andan como sin sentido:
En este punto Macarona llega
Con doscientos gandules al ruido;
Y así cuantos estaban en el fuerte
Acabaron con miserable muerte.

Sin reservar la bruta pestilencia
A las indias ladinas que servian,
De su propia nación y descendencia
Y que por sus parientas conocian,
Y á niños en estado de inocencia
También despedazaban y partian,
Sin que dejen piante ni mamante
De cuanto se ponía por delante.

Mas una vieja india, lavandera,
Al tiempo del sangriento terremoto
Había con sus paños ido fuera,
Y en oyendo la grita y alboroto
Desamparó los paños y ribera
Metiéndose por el espeso soto,
Con intenciones de llegar al puerto
A dar noticia deste desconcierto.

Que la nube del humo luego vido
Y al sol algo turbada su pureza,
Porque después que habían recogido
Los indios municiones y riqueza,
El fuego fué pegado y estendido
Por todas partes de la fortaleza,
Y tuvieron á grande maravilla
El no hallar mujeres de Castilla.

Pues segun el aviso que les dieron,
Habían ya de estar aposentadas;
Mas como sucedió que no vinieron
Por las causas que tengo declaradas,
Los cofres y las cajas recogieron
Que contenían joyas estremadas,
Las cuales repartía Macarona
Segun la cualidad de la persona.

Fueron cargados de preciosas galas,
Oro, perlas y plata gran contía,
Y á sus casas por ásperas escalas
Las piezas suben del artillería:
Llevaron polvorin, pelotas, balas
Y cuantas armas español tenia:
Espadas, cotas, lanzas, escopetas,
Que sus manos traían inquietas.

Porque para sus bélicas porfias
Aquellas aplicaron á su uso,
Ejercitándose las punterías
Por acertar al blanco que se puso,
Hasta que fué después de muchos dias
El cebo de la pólvora concluso,
Y aunque no les faltaran materiales
Faltáronles peritos oficiales.

Antes pues del fatal desasosiego,
Estaban indios puestos en camino,
A quien se les mandó que visto fuego
Creyesen ser cumplido su destino,
Y á Santa Marta se partiesen luego
A pedir las albricias al vecino,
Y si tiempo hallasen oportuno
Diesen acerbo fin á cada uno.

Era capitán destes un mancebo
De los indios de Bonda mas ladino,
Y tal que del profundo del Erebo
Nunca salió demonio mas malino:
Aqueste capitán se dijo Jebo,
Maldito hechicero y adevino;
Viendo pues ya de humo nube espesa,
Camino con sus gentes á gran priesa.

No va sin regocijos y placeres
A los puertos la bárbara caterva,
Viendo que de los prósperos haberes
A cada cual su parte se reserva,
Y que de las católicas mujeres
Les habían de dar alguna sierva,
Creuyendo que las damas referidas
Estaban en el fuerte recogidas.

Llegaron á los términos marinos,
De venenosas armas pertrechados;
Mas como los rebatos son continos
Y pocas veces viven descuidados,
Hallaron á los mas de los vecinos
Encima de caballos bien armados,
A causa de decilles centinelas
Que vian por la mar dos ó tres velas.

Rodea la distancia destes puertos
Por todas partes áspera montaña;
Algunos cerros tiene descubiertos
Desde donde la vista no se engaña,
Para mirar de día los conciertos
Y gente que las casas acompaña;
Y muchos de los indios que vinieron,
Por aquellos cerrillos se subieron.

Suena luego la grita y algazara,
De bárbaras cornetas ronco canto;
Del alto viene numerosa jara:
De mas abajo hacen otro tanto;
Los del pueblo de ver cosa tan rara
Poseidos están de gran espanto:
Dan arma luego, tocan atambores,
Convócanse los grandes y menores.

La gente castellana se pertrecha
A gran priesa de cuerpos y celada;
Cargan el arcabuz, arde la mecha,
Menéase la lanza y el espada;
Y por la mayor parte se sospecha
Estar la fortaleza ya tomada,
Pues si no la tuvieran destruida
No fuera su maldad tan atrevida.

Otros tienen contrarias opiniones,
Que no les pareció cosa posible;
Pero viendo que no cumplen razones
En ocasion y riesgo tan terrible,
Salen los caballeros y peones
Contra la tempestad allí visible,
Porque con gran aumento va creciendo
El ruido, la grita y el estruendo.

Las dueñas y doncellas de rodillas,
Multiplicando ruegos y plegarias,
Lágrimas riegan candidas mejillas
Con temor de las gentes adversarias;
En la plaza se ponen las cuadrillas
Españolas, con armas necesarias,
Para que si los indios entran dentro
En escuadrón les-salgan al encuentro.

Pero detúvose la gente fiera
Como los vido bien apercebidos,
Contentándose con tirar de fuera
Jáculos de veneno proveídos,
Y con decilles desde la ladera
Oprobios á los hombres conocidos
Los unos y los otros á porfia;
Principalmente Jebo les decia:

«No penseis de hüeros, gallinazos,
Que no teneis navio ni guarida;
Asidos os tenemos en los lazos;
Por demás es pensar en la hüida;
A bofetones, palos y leñazos
Os hemos luego de quitar la vida:
Que no queremos vivos los maridos,
Sino las compañeras de sus nidos.

»En su poder las tienen los desnudos;
Acertádoles hemos en la vena;
Y como tienen anchos los escudos
Las heridas les dan poquita pena;
Aquellas pocas son, putos cornudos,
Andad, traednos mas de Cartagena:
Que pues teneis mestizos en las vuestras
Queremos desquitarnos en las vuestras.

»¡Ah don Luis! de tí tengo mancilla
Por el autoridad de tu persona,
Pues trajiste guarichas de Castilla
Para servir á las de Macarona;
Quitámoste del lado la costilla;
Aquesta demasia nos perdona:
Que á bien librar tú quedarás viudo,
Y no solo viudo pero mudo.

»¡Ah Manjarés, chequito don Antonio!
¿Adónde está tu madre mi señora?
Ella te podrá dar por testimonio
De cómo se le paga la demora,
Tu padre con nosotros fué demonio,
Y tú sigues sus pasos desde agora:
Vete, vete, rapaz, tú poco á poco,
Mira que tienes términos de loco.

»¡Ah, ojos de aspa tuerta, Ballesteros!
En mal cobro pusiste tu guaricha,
Tu plata, tus tapices y dineros,
Pues ella nos está haciendo chicha
Y dellos somos ya tus herederos,
Lo cual debes tener á buena dicha:
Liberal eres en pagar escote
Dándonos la mujer con larga dote.

»Tesorero Bartolomé García,
Bien puedes enviar por tu mulata,
Que por tener á cuestras tanto día
Nadie la quiere cara ni barata;
E yo si por ventura fuere mia
Daréla sin oro y aun sin plata,
Pues yo no me contento ni me alegro
De ver tanto albayalde sobre negro.

»¡Ah Francisco de Castro desbarbado!
Libre puedes estar desta querella;
Pues la virgen pegada con tu lado
No perderá la sangre de doncella,
Si no fuese buscándole tocado
Que pudiese mejor satisfacella,
Que tus esfuerzos no serán bastantes
Para dalle presea con pinjantes.

»Alcalde trapacista Campuzano,
No pienses desnudarte la pelleja,
Porque pensabas ya dalle de mano
Para buscar mas nueva hacejeja:
Que también por acá ningún anciano
Se precia de vestir ropa tan vieja;
Si no la compras con algun embuste,
Con ella pienso retovar un fuste.

» No tengas pesadumbres tú, Riberos,
Por faltarte las pasas y grajea,
Pues á trueco de muy pocos dineros
Trairás otra mas moza de Guinea:
Que tienen linda tez aquellos cueros
Para podellos blanquear con brea,
Y nosotros en las horas oscuras
Hemós de recorrelle las costuras.»

Otras muchas afrentas y denuestos
Decían los demás en alto grito,
Que querer referillos, demás destos,
Sería proceder en infinito,
Mayormente que son tan deshonestos
Que no sufren ponerse por escrito,
Y en los dichos mudamos elegancia,
Puesto que no se muda la substancia.

Porque cada cual indio destos senos
Hoy día puede ser lengua bastante,
Y son en sus palabras tan obscenos
Que no se vido cosa semejante;
Y en obras de maldad no lo son menos,
Antes el mejor es fino vergante,
Y cuánto se concluye y se comienza
Por ellos es notable desvergüenza.

Y así dichas aquellas sinrazones,
Como Febo sus rayos encubria
Y faltasen aquellas municiones
Que la caterva bárbara traía,
A Bonda revolieron escuadrones
Para saber qué parte les cabía;
Y cuando ya los indios iban fuera
Salió la india vieja lavandera.

Á la cual por entonces una cueva
Nemorosa la tuvo detenida
Con el mensaje triste que les lleva,
Oyendo los rumores y estampida;
Pero los indios idos, dió la nueva
De la desgracia grande sucedida,
Que fué causa de tierno sentimiento
Y de sus pesadumbres gran aumento.

Las congojas que sienten son mortales
Viendo tan encendidas las contiendas
Y en poder de los indios sus caudales,
Hechos señores ya de sus haciendas,
Y juntamente con aquestos males
Poco posible para las enmiendas;
Hacen los mas ajenos de placeres
Las lástimas que dicen las mujeres.

Pues el consuelo mas las desconsuela,
Puestas en ansiosa fantasía;
Los unos y los otros hacen vela,
Las armas en la mano noche y día,
Embrazada la cóncava rodela,
La lanza y el espada relucía,
Los caballos á punto y ensillados
Y en una casa todos congregados.

Viéndose padecer tantos desgustos,
Sin haber quien de sueño se confie
Entre bárbaros fieros y robustos,
Determinaron todos que se envíe
Razon á Pero Fernandez de Bustos
Para que cien soldados les avie,
Por no ser poderosos los vecinos
Para salir por playas ni caminos.

Pues para colmo de sus maleficios,
Los bárbaros crüeles y bestiales
Les mataban los indios de servicio,
Aunque fuesen sus propios naturales,
Ocupados en algun ejercicio
De los que suelen ejercer los tales,
Tanto que, para ir por agua gente,
Escolta se hacia diligente.

Iban por entre matas advertidos,
Por ser estos caminos mal abiertos,
Arcabuces de balas proveídos
Y rodeleros no menos despiertos;
Suenan por el compás tiros perdidos
Por descubrir engaños encubiertos;
Y con ir con aviso y advertencia
No siempre les valía diligencia.

Con esta confusion y flaco marte,
El trabajo duró casi dos meses:
El bárbaro furor por una parte
Por otra los temores de franceses,
Sirviéndoles de cerca y baluarte
Solamente rodela y paveses;
Hasta tanto que ya de Santa Marta
A los de Cartagena llegó carta.

Viendo Pero Fernandez la demanda
Y las necesidades de la tierra,
Despachó de soldados cierta banda,
Yendo por su caudillo Yuste Guerra,
Persona cuya lanza no fué blanda
Y de quien negligencia se destierra,
Pues por Malambo hizo su camino
Y con la brevedad posible vino.

El rio grande de la Magdalena
Y el de Pesta que pasan con buen tino,
Y aquella grande cienaga que llena
Hacen las ondas del licor marino,
Huellan la larga playa y el arena
Que confina con tierra del Dorsino,
Siempre llevando paso presuroso
Y sin tomar descanso ni reposo.

Por la sierra de Gaira procedieron,
Del Yuste Guerra pasos conocidos,
Llegan á Santa Marta, donde fueron
Con increíble gozo recibidos;
Cuarenta fuertes son los que vinieron
En militares artes instruidos;
Mas no son parte para dar castigo,
Segun la potestad del enemigo.

Pero gozábase de mas bonanza,
Y estaban en el pueblo mas seguros,
Porque su defension era la lanza,
Y las fuerzas y esfuerzos eran muros;
Y así, vista por indios la pujanza,
No fueron tan molestos ni tan duros,
Teniendo cuando daban el rebato
Un poco de temor y mas recato.

Mas otro miedo no menos molesto
Daba sospecha de sucesos varios,
Si vinieran al puerto descompuestos
Entonces galeones de cosarios,
Que fuera grandé mal; y demás desto
Faltaban alimentos necesarios,
Porque ya de ganados y labores
Eran indios de Bonda poseedores.

Pues esta gente bárbara y astuta
Sin las comer mató reses vacunas,
Y en ellas sus furoros ejecuta,
Por lo cual las personas mas ayunas
Solamente comían una fruta
Que por acá llamamos aceitunas,
Que son en las figuras aparentes
Y en el sabor y gusto diferentes.

En este tiempo Bonda determina
De reformar escuadras y banderas,
Convocando la gente mas vecina
O ya por ruegos ó amenazas fieras,
Queriendo revolver á la marina
Y tomar el negocio mas de veras,
En tal manera, que de los cristianos
Ningunos escapasen de sus manos.

Estando pues los indios con tan malas,
Protervas y dañadas intenciones,
El general Esteban de las Alas
Allí llegó con siete galeones,
Pendientes de las gabias muchas galas,
Flámulas, gallardetes y pendones;
También de las entenas van pendientes
Algunos cuerpos de cosarias gentes.

Porque viniendo por los altos mares
Navegando la filipina flota,
Vieron dos galeones, singulares
Cosarios, que guiaban su derrota
A los indios puertos y lugares,
Con apacible viento, larga escota,
Los cuales, real flota conociendo,
Con aumento de velas van huyendo.

Mas los de la católica bandera,
Considerando ser honroso lance,
Con la presteza que águila lijera
Sigue de prestas aves el alcance,
Abrevian lo posible su carrera,
No rehusando belicoso trance,
Por ocasion patente que los llama
A los despojos y honorosa fama.

Con vela de los vientos impelida
El pirata ladron librarse piensa;
Mas como nada presta su huida,
Apercibióse para la defensa:
Suenan terrible grita y estampida;
Nube grande del humo se condensa
De los sulfúreos fuegos de cañones
Y de las manuales municiones.

Aumentanse reciprocos tronidos,
Y el ruido de huecos atambores;
Hay hombres muertos, mancos y heridos;
Rompen los aires gritos y clamores:
Los franceses al fin fueron vencidos,
Y nuestros españoles vencedores
Traen las naos hasta las riberas
Y puertos, arrastrando sus banderas.

Mas en los deste puerto, viendo tanto
Navio como junto del venia,
Aumentóse la pena y el espanto,
Pensando ser francesa compañía;
Formaron las mujeres nuevo llanto,
Y su dolor á mas andar crecía,
Hasta que vieron bien los desta villa
Ser la real armada de Castilla.

Cuanto mas se venian acercando,
Tanto mas se mitigan los suspiros,
Marido á la mujer desengañando,
Diciendo: «No teneis por qué afligiros,
Que ya los galeones van entrando,
Y hacen salva los fogosos tiros;
De Esteban de las Alas es el vuelo
Que da seguridad á nuestro suelo.

» Y á vueltas de los tiros también suena
Son de trompetas, voz de cheremias;
Ya los vecinos huellan el arena
Con grandes regocijos y alegrías,
Y deseamos ver la playa llena
De las recién venidas compañías.»
Con esta certidumbre se mitiga
Aquella pesadísima fatiga.

Después que fué la flota recogida
Y en los seguros puertos anclada,
Don Luis con persona conocida
Al general envia su embajada,
Que fué del parablen de la venida
Y con ofrecimiento de posada;
El cual volvió las gracias y respuesta,
Segun que suele condicion modesta.

Debajo de las ondas encubria
Ya Febo su preclara hermosura,
Y del obscuro manto se vestia
Lo llano, la laderay el altura;
Los de la mar esperan otro día,
Y acá durmió la gente mas segura,
Puesto que no sin guarda vigilante
Por el otro peligro circunstante.

Luego los indios que hay á la redonda,
Ladinos, segun tienen de costumbre,
Procuran avisar á los de Bonda,
Y dalles desta flota certidumbre,
Diciéndoles que hagan buena ronda,
Por ser llegada grande muchedumbre
De soldados bizarros andaluces
Y copia y abundancia de arcabuces.

Que no fien de vanas presunciones,
Sino que desde luego hagan cuenta
Que por sus odiosas poblaciones
Tiene de descargar esta tormenta,
Y que con caballeros y peones
Les tienen de hacer guerra sangrienta:
Que ya conocen españolas furias
Cómo jamás olvidan sus injurias.

T. IV.

Rióse destas nuevas el salvaje
Macarona, sin muestra de accidente,
Diciéndoles: «Reios del mensaje,
Y nadie haga rugas en la frente;
Pues que tenemos fuerzas y coraje
Para desbaratar doblada gente,
Porque Dorsino, Gaira, Mamatoco,
Por ser pocos espántanse de poco.

» Vengan cubiertos de armas que en la fragua
Con curiosidad herrero hizo:
Nosotros solamente con la jagüa
Pintados, y pajuelas de carrizo;
Vengan, que su tormenta será de agua,
Y acá se la daremos de granizo;
Pues de muchos mas bravos y guerreros
Sirven en atambores hoy sus cueros.

» Vengan, vengan, y sean los que fueren,
Que bien conozco gente sin cabellos,
Y sé que tantos cuantos mas vinieren
Tanta mas perdicion es para ellos.
Vengan, vengan, y los que mas pudieren
A los otros estirarán los cuellos;
Pues á lo menos yo de mí confío
Que no me tienen de estirar el mio.»

Estas bravosidades fanfarronas
Se dejaba decir el gandul viejo
En el ayuntamiento de personas
Que fueron convocadas á consejo;
Y en esto todos eran macaronas,
Y el mas vil al mayor era parejo:
Lo cual pasó la noche quel armada
Al puerto dicho hizo su llegada.

Después que Febo con su movimiento
Volvió su resplandor á la comarca,
Fué don Luís, cabildo y regimiento,
A ver al general, que desembarca
Con músicas sonoras y concerto,
Como crjado de tan gran monarca:
Vense los dos varones venerables
Con palabras y rostros amigables.

No faltó cumplimiento cortesano,
En que los dos se daban buena maña,
El uno comedido y otro urbano;
Y así tractando de cosas de España,
A la iglesia se van mano por mano
Con mucha gente que los acompaña;
Y dado fin á la divina fiesta,
Lo llevan donde está posada presta.

Y todos por huir rayos ardientes
Se recogieron á la sombra fria,
Tractando de negocios diferentes
De los que su congoja les pedía;
Mas don Luís de Rojas, que presentes
Sus injurias y pérdidas tenía,
Y para las vengar punto que obligue,
Al general habló lo que se sigue:

«Mi señor general, en ningún hecho
He visto que se mida la ventura
Tan á contento del humano pecho,
Que sin falta le dé lo que procura;
Mas hoy á mí me tiene satisfecho
En traeros en esta coyuntura,
Porque por algun tiempo se mitigue
Mal que por muchas vías nós persigue.

» Por una parte dan mil sobresaltos
Las atalayas á la mar atentas;
Por otra viéndonos de fuerza faltos
Nos cocan gentes viles y sangrientas;
Y siempre suenan por aquestos altos
Amenazas envueltas en afrentas,
De vergüenza y temor tan descompuestas,
Que ningunas yo vi mas deshonestas.

» Este es un sinsabor continuado,
Sin concedernos punto de sosiego;
Ninguno de nosotros desarmado
Sea con claridad ó nublado ciego,
Pues han por muchas veces intentado
A las casas de paja poner fuego,
Guiándolo con punta de su flecha
El bárbaro crüel que nos acecha.

» No sin inmenso riesgo deshacemos
Estos ardidés hechos con obscuro,
Porque, según os consta, no tenemos
Para nos defender cerca ni muro;
Solamente los brazos oponemos
A la ferocidad del mar duro,
Y podrían contarse por espantos
El valerse tan pocos entre tantos.

» Mas agora que se nos representa
Por indios no confusos en acentos,
Cómo quiere venir una tormenta
Congregada de todos cuatro vientos:
Gente poca, cansada, descontenta,
Mal podrá resistir sus movimientos,
Mayormente que hacen su victoria,
Las muchas que han habido, mas notoria.

» Ayúdales á su desenvoltura
Haber ganado cierta casa fuerte,
Que no sabemos, aunque se procura
El cómo se ganó ni de qué suerte;
Mas sabemos que no quedó criatura
Que en ella se librase de la muerte;
Pues una sola india de servicio
Vivió por estar lejos del bullicio.

» También participaron destos males
Los en aqueste puerto detenidos,
Porque teníamos nuestros caudales
En aquel mismo fuerte recogidos,
Y todos los arreos principales
De oro, plata, perlas y vestidos,
Con temor del francés, que de presente
Viamos y teníamos enfrente.

» Y si para tomar el puerto diera
El mar insano viento favorable,
Nuestro dolor y desventura fuera
En excesivo grado lamentable,
Llevando cada cual su compañera
Al fuerte por lo ser inespugnable;
Mas como negó viento la fortuna
Del pueblo no salió mujer alguna.

» Viéndonos pues en riesgo tan terrible,
Y para resistir al enemigo
Pocos soldados y ningún posible,
Por la desgracia grande que ya digo,
Teníamos por cosa conveniente
Salirnos del lugar tan sin abrigo,
Por tener un momento de reposo
En algun puerto menós peligroso.

» Pero, bendito Dios, que ya trocamos
En ratos de quietud las horas malas,
No porque con las que antes trabajamos
Estas pueden correr á las iguales,
Pero largas ó cortas descansamos
A la sombra y favor de vuestras alas,
A quien alientan águilas reales
Que vuelan sobre todas las caudales.

» Cuyo valor y potestad notoria
Do quiera gozará de vencimiento,
Y en su virtud ovistes la victoria
Del soberbio francés y violento,
Para tener, señor, alas de gloria,
Como ya las teneis de nombramiento,
Y con las del que sube hasta el cielo,
Darán las vuestras encumbrado vuelo.

» Pero no solo fué vuestra venida
Contra piratas y soberbios gallos;
Mas como la necesidad lo pida
Quiere el rey que valgais á sus vasallos,
Mayormente si van tan de caída
Que no pueden vivir sin remediallos:
É ya xereis estar desta manera
Los que residen en esta frontera.

» Y así, señor, en estos menesteres,
Uno de dos intentos son los míos
Y aun los universales pareceres,
Y son: ó nos llevar en los navíos
Con nuestras casas, hijos y mujeres,
Ó dejarnos aquí buenos avíos,
Para que tenga defension bastante
Un puerto tan antiguo é importante.

» Servicio, fué vencer aquel cosario,
Y creed que será mas estendido
Si de lo que le fuere necesario
Aqueste puerto fuere socorrido,
Por ser tan numeroso su contrario
Y de españoles mal apercebido:
Lo cual se suplirá con cien soldados
Que nos dejéis de los mas escusados.

» Es cosa tolerable pues con esta
Gente que se nos dé y algun pertrecho:
El armada no queda descompuesta,
Y nosotros salimos del estrecho
Y gran perplejidad que nos molesta,
Sin atinar á cosa de provecho;
Pues es así que quien tan poco puede
Ni sabe si se vaya ó si se quede.

» Pero daré, señor, vuestra respuesta
Desta resolucion algun indicio,
Y si, como deseo, la propuesta
Necesidad os mueve y el oficio,
Cosa notoria es y manifiesta
Que á Dios y al rey haceis grande servicio;
También por mí será reconocida
La obra mientras Dios me diere vida.

» Dijo, y el general que muy atento
Estuvo hasta su postrero deajo,
Antes de responder al pedimiento
Que á los necesitados es ajejo,
Balanceaba con el pensamiento,
Segun que suele quien está perplejo;
Y así por no dar seco despidiente,
Al don Luís le dijo lo siguiente:

« Señor gobernador, bien entendida
Tenemos la necesidad presente;
Mas ya conoceréis que mi venida
Ha sido para causa diferente,
Y quel rey no me manda que divida
Algun miembro del cuerpo desta gente,
Y á mí no me sería bien contado
Esceder ni salir de su mandado.

» Pero haré, según vuestros intentos,
Lo que puede hacer un buen amigo,
Y es daros cuatrocientos ó quinientos
Hombres para hacer un gran castigo
En las villas, lugares y en asentos
Del indio mas rebelde y enemigo,
Para que la comarea mas cercana
Quebrante su furor y quede llaña.

» Yo les señalaré término cierto
Para domar el bárbaro coraje;
Y castigado bien el desconcierto,
Brio y atrevimiento del salvaje,
Con toda brevedad vuelvan al puerto
Para que yo prosiga mi viaje:
Que poca puede ser esta tardanza
Y fácil de tomar esta venganza.

» Mi gente con deseo de preseas
De bárbaros, irá de buena gana;
Resta que para ver estas peleas
Apercibais la vuestra baquiana,
Que les enseñen las personas reas,
Y partan si es posible de mañana;
Porque de todas cosas mis soldados
Brevemente saldrán aderezados.

» Aquesta me parece buena traza,
Pues como se castigue la frontera,
Quiéto quedareis en vuestra plaza
Y hollareis seguro la ribera;
Y si cosario fuerte diere caza
A salvo podeis ir por donde quiera:
A questo por serviros os concedo
En lo cual hago mas de lo que puedo.

» Dijo, y el don Luís, á quien aceto
El orden fué, según del se percibe,
Las gracias le rindió como discreto,
Y aquello que le dan eso recibe;
Y para que se vea con efecto,
A sus soldados viejos apercihe,
Que para tomar armas son ochenta,
Entre ellos de caballos como treinta.

El dicho general sacó seiscientos
Soldados que llamamos chapetones,
Con todos los guerreros ornamentos
Que piden belicosas confusiones
Y copia de fogosos instrumentos
Con las demas anejas municiones,
Escudos, pectos, cotas y celadas,
Jaculos duros y armas enastadas.

» Fué de la gente que se desembarca
Por capitán Antonio de Lobera,
Con otro capitán, Héctor Abarca,
Varones respetados donde quiera,
Con otros, cada cual hombre de marca
Para poder regir gente guerrera,
Y alféreces, escuadras y sarjentos,
Que no sabré decir sus nombramientos.

» Unos y otros bien apercebidos,
Y juntos en lugar que convenia,
Mandóse, porque no fuesen sentidos,
Que marchasen de noche con la fria:
Caminan pues á pasos estendidos
El Viernes Santo, venerable dia,
Hasta que se pusieron en lo llano
A la sierra de Bonda mas cercano.

» Allí llegados sin haber testigos
De gente que con armas los detenga,
Para subir do están los enemigos,
Cuesta no menos áspera que luenga,
El don Luís llamó los mas antiguos
Para que den el orden que convenga
En el acometer al indio duro
Y entrar dentro del pueblo con obscuro.

» Fué desta consultora compañía
Don Antonio, y el capitán Cordero,
Y el capitán Bartolomé Garcia,
En el presente tiempo tesorero,
Y Francisco de Castro, que tenia
En un buen parecer voto primero:
Y así manifestando lo que siente
En la consulta dijo lo siguiente:

« Por tres escalas suben esta roca
Enhiesta, cada cual á maravilla;
Acia septentrion por Geriboca,
A la parte del sur por Macinguilla,
Otra por medio donde se convoca
El contracto comun para la villa,
Cuyo comedio es y cuya frente
Donde todos estamos de presente.

» La parte destas tres mas descuidada
En Macinguilla es y la mas cierta,
A causa de tener una quebrada
De grandes arboledas encubierta;
Y la gente de pie siendo guiada
Por allí, hallará segura puerta,
Pues por esotras dos mas manifestadas
Es de creer que tienen velas puestas.

» El capitán Beleño será guia,
Como quien estos pasos ha corrido,
Y puede por aquella misma via
Llegar á la ciudad sin ser sentido;
Y como suele liberal espia,
Vayan á paso sordo y estendido
Los piés lijeros, tácita la huella,
Hasta poder llegar al cabo della.

» Desque lleguen al fin del pueblo, luego
Pongan á una sin hacer ruido
A los caneyes grandes vivo fuego
Y á casas principales del partido,
Porque con el calor y humo ciego
Se desatine quien está dormido;
Y el que saliere deste sobresalto
No le consientan ir á lo mas alto.

» Porque si se hallare gente presta
De los que siguen el contrario parte,
Cosa notoria es y manifiesta
Acudir mucha por aquella parte,
Do con espadas, arcabuz, ballesta,
Los deterná católico estandarte,
Bajando luego todos á lo llano
Pues escalera tienen á la mano.

» Sin dar lugar á selles defendida;
Pues es así quel bárbaro guerrero
Ocupará cualquiera descendida
De tres por do se va por contadero,
Y aquella no podrá ser impedida
Por estar español allí primero,
Y caer en aquel lugar que digo
Que cumple comenzar este castigo.

» La gente toda de caballo quede
En aqueste lugar adonde estamos,
Porque si mal alguno les sucede,
Que nunca plega Dios que tal veamos,
El bárbaro no haga lo que puede
Y á los desbaratados defendamos:
Esto mi probe seso comprehende,
Salvo juicio del que mas entiende.

» Examinadas bien estas razones,
Todos cuantos allí fueron presentes
Se conformaron con sus opiniones,
Por no les parecer impertinentes:
Marcharon pues apriesa los peones
Con todos los recatos convenientes,
Y aunque con gran sudor y pesadumbre
Llegaron sin sentillos á la cumbre.

» El capitán Beleño que guiaba,
En unos altos poco desviados
Del pueblo para donde caminaba,
En contra de conciertos acordados
Mandó que se quedase Luis de Nava
Con ocho validisimos soldados,
Diciéndole quel paso defendiese
Hasta tanto que por allí volviese.

» Viendo quel orden dado pervertia,
El cual era pasar mas á lo largo,
El dicho Luis de Nava le decía
Que, pues por don Luís se le dió cargo,
Viese primero bien lo que hacia;
Mas el dicho Beleño sin embargo
Le respondió: « Señor, visto lo tengo,
Y sé y entiendo bien á lo que vengo. »

» Quedóse con los ocho reguardando
El paso que le dijo, y el Beleño
No lo fué para quien está roncando,
Mas antes un terrible quita sueño,
Pues entró en el pueblo, y en entrando
Enciende casas el ardiente leño,
Y resplandece luego la candela
Que con velocidad por ellas vuela.

» Suena junto con esto tal ruido
Y grita de los que entran, que despierta
Al bárbaro que se halló dormido,
Acudiendo con armas á la puerta:
Uno sano huyó y otro herido,
Otro que dura muerte halló cierta;
Y como despertaban moradores
Iban creciendo voces y clamores.

» Los altos ocupó llama lijera
Impelida de furiosos vientos,
Barriendo con su fuerza la acera
Que tiene mas lucidos aposentos:
Nubes de humo van acia su esfera
Con negros remolinos turbulentos,
Y llenos de pavesas y centellas
Que turbaban la luz de las estrellas.

» Bien como cuando la sulfúrea vena
De Quito sus ardores engrandece
En el volcán y fonda socarrena,
Y con espesos humos acontece
La tierra circunstante ser tan llena,
Quel sol se les absconde y escurece,
Y aunque distante dél, atemoriza
Al morador que vé llover ceniza:

» Otra tal confusion y tan espesa
De humo revalida la conquista,
A causa de quel viento daba priesa
Y la llama veloz andaba lista
Corriendo varias partes que no cesa,
No sin impedimentos de la vista,
Por ser fastidiosos los enojos
Que humos dan á los humanos ojos.

Horrisono clamor hay por las casas,
Como lo suele dar gente menuda
De muchos que perecen en las brasas
Por carecer de paternal ayuda;
Procuran de salir á partes rasas
La doncella, casada y la viuda,
Porque la llama y el vapor ardiente
Dentro de su caney no las consiente.

Bien como cuando quiere colmenero
Hacer de dulce miel vasijas llenas,
Que ahuyenta con humo de r6mero
Las pr6vidas abejas de sus venas,
Y sin orden el escuadron lijero
Desampara labor de sus colmenas
Con un ronco clamor y voz molesta,
Pero tal que su pena manifiesta:

Así la gente mal apercebida,
Procurando huir destas contiendas,
A trueco de escapar la dulce vida
Olvidan sus alhajas y haciendas,
Con voz confusa, pero conocida,
En cuanto prometerse las enmiendas;
Y así unos á otros se convocan
Con diferentes cuernos que se tocan.

Mas en el gran caney de Macarona
Tan prestas llamas levantó la paja,
Que nunca pudo del salir persona,
Y él mismo se metió en una tinaja,
Donde de su furor se desentona,
Pues aquella le dió vez de mortaja;
Y aunque hecho carbon y consumido
Fué por insignias ciertas conocido.

Duran las confusiones del que llora
Y el gran tumulto de los ortodoxos,
Consumidora llama se empeora,
Los soplos de los vientos no son flojos;
Mas ya mostraba la gentil aurora
Sus ojos claros y cabellos rojos,
Y los flecheros y arcabuceria
Ven bien adonde hagan punteria.

Porque los indios del cuartel del cabo
Do fué concierto comenzar la quema,
Viéndose sin lision ni menoscabo,
En tomar armas no tuvieron flemma,
Con una diligencia que yo alabo
En ardir de guerra por suprema,
Y fué que, sus familias recogidas,
Procuraron tomar las tres salidas,

Por orden del fortisimo Coendo
Y de Jebo que, como no dormia,
En oyendo la grito y el estruendo
Vieron que hacer esto convenia,
Después de lo cual fueron recogiendo
Larga y desesperada compañía;
Era destos un capitán Gamita
Que desde los altores daba grito,

Diciendo: «No os loeis de la jornada
Ni de la valentia cometida,
Hasta que ya volvais á la posada,
Y la podais contar sobre comida;
Porque si en vuestra mano fué la entrada,
No sé si podrá sello la salida;
Bien podeis alistar los calcañares,
Pues los indios aprestan los pulgares.

»Amigo Juan Beleño, yo te empeño
Mis barbas, que tuvieras mejor saco,
Si dejando vapores de beleño
Tomaras un humillo de tabaco;
Pues hoy han de tener moderno dueño
Tu celada con plumas y tu jaco,
Y estos nocturnos saltos y estas penas
Las tienes de pagar con las septenas.»

A questo dicho, desde la ladera
Con cantidad de gente bien armada,
Por arrojillos sobre la escalera
Disparan una y otra rociada;
Cercana la tenian y frontera,
Mas en cierto recodo gran celada
De la floresta, acia man derecha,
Donde ellos se desvian de la flecha.

Porque como del bárbaro vecino
Acudió mas allá furia tan brava,
No pudieron tomar aquel camino
Del alto dó quedó Luis de Nava:
Diligencia que menos les convino,
Y de que nada les aprovechaba;
Y así vuelven al paso que frontero
Tenian, do se les mandó primero.

Llegando pues sobre los escalones,
Del dicho Luis de Nava no curando,
Vieron á caballeros y peones
Que abajo los estaban esperando;
Movieron todos ellos los talones,
Yendo su poco á poco caminando,
Por ser la via que llevarse debe,
Y que para los llanos es mas breve.

Y al tiempo que sus pasos encamina
El avanguardia con fumosas mechas,
De la parte del monte mas vecina
Vuela tan grande número de flechas,
Quel de mejor reporte desatina,
Por venir herboladas y bien hechas;
Unos dellos se quejan, otros gimen,
Otros huyen porque no los lastimen.

Volver atrás no pueden ni conviene,
Por ser los indios número pujante,
Y el último remedio que se tiene
Es abreviar los pasos adelante;
Mas tal lluvia de flechas sobreviene
Sobre el atribulado caminante,
Que para se quitar la dura jara
Aquí gran salto dió, y allí se para.

La rezaga que ve las dilaciones
Cuando mas brevedad les convenia
Dan á los delanteros empellones
Y unos sobre otros iban á porfia
Rodando por aquellos escalones,
Y deslizado por acerba via,
Tal que por asperezas dó se juntan
Se queiebran huesos y se descoyuntan.

Uno rodando va, y el otro vuela,
Otro no para hasta la quebrada,
A este no quedó diente ni muela,
Al otro se le tuerce la quijada;
Por aquí va sin dueño la rodela;
Por allí se desliza la celada,
Otro que sí cayó donde no roda,
Pasa por cima del la gente toda.

Como si con nocturno terremoto
Huyesen á lo raso del poblado,
Que con aquel rüido y alboroto
El menor y el mayor anda turbado,
Este sale desnudo, y aquel roto,
Queda Juan muerto, Pedro mal parado,
Este pide favor, aquel ayuda,
Y no pueden hallar quien les acuda:

Bien por este nivel acontecia
En esta confusion que se pregona,
Pues aquel á quien mano se pedia
Pasa de largo y el huir abona,
Porque con tal remedio pretendia
Poner en salvo sola su persona,
Sin esperar amigo que le cuadre,
Ni aun hijo que volviese por su padre.

Pues Miguel de Orozco dos tenia
En la revolucion desta batalla,
Y cuando filial favor queria,
Allí no le responde ni lo halla;
Y así murió con otros este día
A manos de la bárbara canalla,
Donde golpe crüel de mano perra
Con sus sesos regó la dura tierra.

Desta manera van dándoles caza
Hasta que los arrojnan en los llanos,
Ensangrentando cada cual la maza
En generosa sangre de cristianos,
Y el escalera se desembaraza,
Donde muchos ovieron á las manos,
Pues número mayor que de cincuenta
Aquellas anchas losas ensangrienta.

Los altos aires braman con estruendo;
Aumentase de indios la pujanza,
De tal suerte que con rigor horrendo
Hasta medio del llano se abalanza
Con el Gamita, Jebo y el Coendo,
Que los animan á mayor venganza,
Sin miedo ni temor que les dé pena,
Por ser esta pasion dellos ajena.

Luis de Nava, viéndose perdido
Y arriba con los ocho compañeros,
Por no poder cumplir lo prometido
Beleño, que escapó por piés lijeros,
Percibiendo la grito y el rüido
De indios y españoles delanteros,
Determinóse de bajar tras ellos
E irse por aquellos mismos huellos.

Porque, segun él dijo, hizo cuenta,
No pareciéndole juicios vanos,
Que en tanto que duraba la tormenta,
Y los otros andaban á las manos,
Podrian descenderse sin afrenta
Hasta ponerse junto con los llanos,
Y allí serian de peligros horros,
Por tener mas á mano los socorros.

En tal necesidad nadie pudiera
Imaginar mas cómodos consejos,
Y entonces ciertamente descendiera
Con pasos voluntarios y parejos;
Mas viéronlos venir por la ladera
Los sacerdotes ó mohanes viejos
Que estaban en un alto contemplando
La felice victoria de su bando.

Estos, mirando bien á la redonda,
Vieron venir dos grandes escuadrones
Con macana, carcaje, dardo, honda,
De Macinguilla y otras poblaciones
Con intencion de socorrer á Bonda,
Vistos los fuegos y revoluciones;
Y así dan voces á los capitanes
Los cerimoniatios mohanes,

Diciéndoles: «Haced pasos livianos,
Y abreviad lo posible la carrera:
Alcanzareis allí nueve cristianos
Que van bajando por el escalera.»
Ellos obedeciendo los dos canos,
Los piés movieron mas á la lijera,
Pero cuando llegaron al estrecho
Distaban dellos no pequeño trecho.

Viéronlos ir apriesa caminando
Cerca ya del remate de las cuevas,
Y porque no se fuesen alabando
De tales osadías como estas,
Los indios como cabras van saltando,
Los arcos prestos y las flechas puestas,
Con la grito que suelen cuando riendas
Sueltan á las rencillas y contiendas.

Volvió los ojos el Luis de Nava,
Y conociendo ser dudoso trance,
Con suma diligencia caminaba,
Por no poder jugarse mejor lance,
Y á los demás soldados animaba
Antes que la tormenta los alcance;
Pero para correr con mas aliento
Las armas eran gran impedimento.

Iba Luis de Nava bien armado
Con pecto y espaldar, y con espada
Que va pendiente del siniestro lado,
La cabeza cubierta con celada,
Buen arcabuz, de balas pertrechado,
Y demás de la pólvora tasada
Un calabazo grande lleva lleno
Colgando, qué á su tiempo le fué bueno.

A questo peso y el ardor terrible
Les hace la carrera menos llana,
Y la gente bestial, incorregible,
Por su velocidad tierra les gana;
La cual con muestras de furor horrible
Cercando va la gente castellana,
Que con el arcabuz temple su via,
Y así tirando tiros se retira.

Cada cual dellos hace lo que debe
Porque temor de muerte los convida;
Mas tal inundacion de flechas llueve
En aquesta primer arremetida,
Que dos soldados buenos de los nueve
Quedaron perdidosos de la vida;
Los otros, para ir donde pretenden,
Sin perder de su via se delienden.

Así van en demanda de los llanos
El vestido huyendo del desnudo;
Y como se hallasen ya cercanos,
Cada cual escapó por donde pudo,
Confiado de piés mas que de manos,
Y del espada mas que del escudo;
Y como van por partes diferentes
Tras ellos se dividen estas gentes.

Bien oyeron los tiros y reueltas
Y tiros de arcabuz los caballeros,
Los cuales también andan á las vueltas
Con indios, defendiendo los primeros
Que descompuestos y las armas sueltas
Bajaron de los ásperos oteros;
Y de los mismos tiros coligian
Ser españoles que se defendian.

Guió pues á la sierra don Antonio
Su presto y arrendado rabicano;
Dióle su propia vista testimonio
Ser presa de dos indios un cristiano,
Cada cual dellos un feroz demonio
Segun lo tienen con pesada mano,
Y luego conoció ser Luis de Nava,
A quien fuerza y aliento ya faltaba.

No puede con los indios lo que osa;
Vigor le falta, sobra la osadia;
Pero la destemplanza calurosa
Y el largo curso fuerzas impedia,
Y es porque nunca quiso dejar cosa
De todos los pertrechos que traia:
Con el calor aumentan el desmayo
Celada y arcabuz y férreo sayo.

Viendo pues que su fuerza no aprovecha
Para se desasir en la porfia,
En el calabazon metió la mecha
Que relleno de pólvora traia,
Y con humo y ardor de sí desecha
Al bárbaro crüel que lo tenia,
Pues de los dos con el súbito fuego
El uno quedó muerto y otro ciego.

También al fuego dió su proprio pelo,
El cual fué los vestidos encendiendo:
Terrible pena, grave desconsuelo,
Tristísimo espectáculo y horrendo;
Y así volcándose por aquel suelo,
«¡Paciencia me de Dios!» está diciendo;
Imprimen sus palabras dolor sumo
Y el ver de cuerpo vivo salir humo.

Como cuando llegó la fatal ira
Del fuerte capitán, hijo de Alcmena,
Que don de su querida Deyanira
A muerte desastrada lo condena:
Así brama, da voces y suspira
Luis de Nava por aquel arena,
Y cuanto con mas furia se menea
El miserable cuerpo mas humea.

El noble joven de valor altivo
Llegó con su caballo, y en llegando
Los ijares rompió del indio vivo
Y así del triste que se va quemando;
Y sin sacar la pierna del estribo,
Lo llevó pocos pasos arrastrando,
Hasta que dió con él en un alberca
O charco que tenían allí cerca.

Este fué gran alivio de sus males....
Y porque cargan nuevos escuadrones,
Acudieron soldados principales
De fuertes caballeros y peones:
Uno fué dellos Esteban Gonzalez,
Dador de las presentes relaciones,
Cuyos hechos allí no fueron menos,
Que los mas señalados y mas buenos.